

Por ENRIQUE GUARNER
Fotos: Archivo Novedades

Sigmund Freud admiraba a los artistas, especialmente a los escritores por su capacidad para alcanzar el inconsciente. En su análisis de *Gradiva* la novela de Wilhelm Jense, escribió: «Los autores literarios son invaluable aliados y su testimonio debe apreciarse porque conocen muchas cosas entre el cielo y la tierra que nuestra sabiduría académica ni siquiera sueña entender. En verdad, desde el punto de vista psicológico están muy por delante de la gente ordinaria, porque parten de fuentes que todavía no son accesibles a la ciencia». Asimismo, Freud agrega que los primeros pasos en el descubrimiento del inconsciente fueron llevados a cabo por los poetas y filósofos.

Resulta importante señalar aquí, que los hombres de letras, antes de que surgiera el psicoanálisis, se habían adelantado al introducirse más allá de las manifestaciones superficiales de la personalidad y nos presentaban caracteres psicóticos y neuróticos, así como descripciones de los seres comunes delineando en ellos los rasgos más acentuados.

Es difícil saber hasta qué punto Freud haya conocido la literatura de su tiempo, puesto que su cultura se dirigía hacia los clásicos griegos, pero resulta indiscutible que el campo para los grandes descubrimientos psicológicos se encontraba propicio gracias a la novela y el teatro del siglo XIX.

La publicación en Francia de *Le rouge et le noir* de Stendhal en 1830 seguida de *Madame Bovary* de G. Flaubert en 1857, así como las grandes novelas de Balzac, son obras que Freud seguramente leyó.

Asimismo el psicoanalista vienés realizó un estudio de la obra de Feodor Dostoyevsky en relación al parricidio, en el que afirmaba que el escritor deseaba la muerte de su padre y que sintió gran remordimiento y culpa cuando ello ocurrió. Más importante para la teoría del desarrollo de las psicosis resulta *Diario de un loco* de Nicolás Gogol publicado en 1840. León Tolstói es capaz de observar el autocastigo que precede al suicidio en *Ana Karenina*, novela editada en 1877.

A fines del siglo los escandinavos han revolucionado el teatro con las producciones de Henrik Ibsen y Augusto Strindberg, y sus obras alcanzaron gran éxito en el centro de Europa, hecho al que Freud no permanece indiferente dado que asistió a una representación de *Romersholt* de Ibsen, afirmando después que era increíble la capacidad de autor noruego para entender el mecanismo de la compulsión a la repetición.

Esta corriente literaria se extiende a toda Europa. En España, Benito Pérez Galdós escribe una novela que se adelanta al psicoanálisis por muchos años como ha demostrado el analista George Allison en 1974. Se trata del desarrollo de la locura de Rubín en *Fortunata y Jacinta* publicada en 1877. Resulta sorprendente la capacidad de Leopoldo Alas Clarín al describir con una claridad asombrosa, la relación transferencial que se desarrolla a través de la confesión con un sacerdote en *La Regenta* que fue dada a conocer en España en 1883, es decir, treinta años antes del *Caso Dora* en el que Sigmund Freud la describe para aplicarla al psicoanálisis. De la misma novela también resulta extraordinario el sueño final en el que aparecen condensaciones, desdoblamiento y simbolismos de una profundidad rara vez igualados en la literatura. No puedo dejar de nombrar que en Portugal, Eça de Queiroz describe retratos de espléndidos caracteres en todas sus novelas publicadas a fines del siglo XIX.

Sería prolijo enumerar los escritores que influyeron de alguna manera en los inicios del psicoanálisis, pero no podemos dejar de mencionar a: Dickens, Hardy, Turgeniev, Zola, France, etc. Todos los cuales como afirma Priestley refiriéndose a la obra de Ibsen eran: «Freudianos antes que Freud».

La locura entre los literatos

Por verse obligados a sumergirse en su inconsciente son numerosos los escritores importantes que han sufrido episodios de psicosis. Entre ellos cabe destacar al poeta alemán Johan Holderlin quien a partir de 1802, cuando contaba con 30 años de edad, padeció de una esquizofrenia por la que fue internado en una clínica de Tübingen.

Nicolás Gogol, quien escribía poesía desde los cinco años, en su vida adulta experimentó desajustes sexuales que el escritor ruso atribuyó a su madre. Ella, que se había casado antes de los 14 años, le inculcaba en forma constante temor al infierno. En una carta el escritor ruso escribía: «Iba a la iglesia porque me obligaban y permanecía allí mirando el atuendo absurdo del padre y los subalternos. Después me santiguaba o arrodillaba cuando los demás lo hacían, siempre sin sentir nada». En la escuela Gogol pasó por un episodio psicótico en el que sus ojos le saltaban del rostro y despedía espuma por la boca. Después cayó al suelo destrozando a patadas los muebles. El profesor trató de acercarse pero Nicolás le rompió una silla en la cabeza. Fue conducido a un sanatorio de enfermos mentales en donde permaneció varios meses. Este incidente debe haberle inspirado para escribir el fantástico *Diario de un loco*.

El escritor inglés John Ruskin describía en *Pretoria* (1885) que su madre era una fanática puritana que pensaba que los juguetes podían inducir hacia el pecado. Solamente se le dejaba entretenerse con un racimo de llaves y no fue hasta los diez años en que tuvo acceso a una pelota, un carro y una bolsa con ladrillos. Ruskin describe cómo tenía que pasar los días comparando los colores del tapete, mirando las duelas del piso o contando las baldosas en la casa de enfrente.

Los domingos se le hacía permanecer aislado y sin ningún contacto con el exterior, excepto la iglesia. Es por ello que sufría desde el sábado pensando en lo que sucedería al día siguiente. El lunes representaba un verdadero alivio porque asistía a la escuela y el domingo se alejaba seis días. Aún a la edad de 39 años se disculpaba por escribir una carta en la jornada dedicada a Dios.

En *Pretoria*, Ruskin escribe: «Se me ha enseñado el significado de la paz, en pensamiento, acto y palabra. Jamás he oído las voces de mis padres alzarse y nunca los he visto enfadarse». Antes de los tres años de edad tuvo que aprenderse 119 salmos y todos los días se leía la Biblia en fragmentos, comenzando por el *Génesis* y terminando en el *Apocalipsis*.

Cuando John Ruskin fue a Oxford a los 18 años, su madre para vigilarlo tomó un cuarto cercano. Al cumplir 30 se casó, pero resultó impotente y nunca consumó el matrimonio. Su esposa escribía de él: «No hay duda de que es un gigante como autor literario, pero una criatura débil y blanda».

El estupendo autor de cuentos cortos Guy de Maupassant padeció a partir de los cuarenta años de ideas megalómanas y alucinaciones. Intentó el suicidio, pero fue descubriéndolo, muriendo finalmente en 1893.

El autor misógino sueco August Strindberg siempre sufrió un delirio persecutorio por parte de las mujeres. Fue internado en dos ocasiones antes de fallecer en 1912.

Franz Kafka experimentaba ideas de referencia y sentía un terrible odio hacia su padre, del que dice: «Me ha hecho perder toda la confianza y sentir culpa por ello». El escritor checoslovaco amaba con devoción a su madre excéntrica. Kafka fue internado en dos ocasiones por episodios psicóticos.

El suicidio en los escritores

La melancolía derivada de las épocas no creativas o las pérdidas de objetos apreciados ha causado varios suicidios entre los grandes escritores.

Jack London se rehusó a cambiar su hábito alcohólico o su forma de vida, matándose con una sobredosis de atropina y morfina a la edad de 40 años.

Al final de su vida Ernest Hemingway padecía depresiones severas e incapacidad para escribir. En dos ocasiones se le dieron electrochoques en la clínica Mayo y al regresar a su rancho después de una de ellas se pegó un balazo con uno de sus fusiles de cacería.

Después de escribir *Brasil, país del futuro*, Stefan Zweig, quien en el fondo no podía desprenderse de su cultura y tradición europea, decidió con su esposa cometer suicidio ahogándose en pleno Atlántico.

La magnífica escritora británica Virginia Woolf, que sufría tremendas frustraciones sexuales, también se suicidó bajo el agua debido a una psicosis melancólica.

La neurosis entre los literatos

Difícil sería encontrar aquellos que no hayan tenido obsesiones o caracteres histéricos, por lo que en este breve artículo solamente citaré a los más afectados por síntomas severos.

Cabe mencionar como grandes alcohólicos a Edgar Allan Poe y a Scott Fitzgerald. Graves homosexuales lo fueron Oscar Wilde, García Lorca, Herbert George Wells, Evelyn Waugh, André Gide y Marcel Proust. Valdría la pena señalar aquí que éste último padeció asma bronquial de origen psicossomático desde que contaba nueve años. El autor de *A la recherche du temps perdu* sufría de ataques que se presentaban ante los objetos más diversos: flores, perfume, polvo, y aun el frío. Proust siempre supo que su enfermedad era de origen neurótico, pero la prefería a los demonios que pudieran reemplazarla.

La ambivalencia del escritor hacia su madre era clara. Sus personajes juegan siempre con la idea de la muerte de los seres amados y sobre todo hacia las progenitoras. Todo ello les produce culpa y ésta es la causa de que sobrevengan las frecuentes separaciones de objeto. La homosexualidad de Marcel Proust constituía una forma de identificarse con la figura materna y someterse al padre. Este último era un médico, destacado autor de un trabajo sobre neurastenia. El escritor muestra la dualidad amor-odio en todos sus personajes y fue hasta que sucedió la muerte de la madre cuando Proust se volvió productivo.

Podría concluirse que la literatura ha contribuido al entendimiento psicológico del ser humano, aunque aquellos escritores actuales que pretenden utilizar los datos aportados por el psicoanálisis, fracasan por su falta de autenticidad de la obra.